

¿cómo quieres que socorra á otros cuando me ves á mí mismo en tal apuro?

FASOLT (que habrá escuchado muy atento; á Fafner).—No consiento que posea tan gran tesoro el maldito enano; mucho nos dió qué hacer hasta ahora y siempre le salvaron sus ardidés.

FAFNER.—Algún nuevo acto de envidia proyectará contra nosotros el nibelungo si el oro le da su poder; oye, Loge, dinos sin engaño ¿qué hechizo tiene el oro que así le basta al nibelungo?

LOGE.—Sumergido en el fondo de las aguas, es tan sólo un juguete para divertir á las ninfas; mas una vez haya forjado con él un anillo, tendrá Alberto en sus manos el dominio del mundo entero.

WOTAN.—A menudo oí ponderar el valor del oro y sus rojizos fulgores, y el poderío inmenso, las riquezas sin número que se alcanzan con el anillo.

FRICKA.—¿Sirve también esa bagatela de reluciente joya para adorno de las mujeres?

LOGE.—La hermosa que llegue á poseer el anillo que están forjando los enanos, se aseguraría la fidelidad de su marido.

FRICKA.—¿Y no podría el mío obtener el oro?

WOTAN.—Muy provechoso había de ser, ¿pero cómo hacerlo, Loge? ¿cómo aprender el arte de forjar esa joya?

LOGE.—Un mágico encanto convierte el oro en anillo; nadie lo sabe, mas quien renuncia al amor lo encuentra fácilmente. (Wotan volviéndose, desanimado.) Llegas ya tarde; Alberto no dudó, y alcanzó el poder del encanto. Forjado está el anillo.

DONNER.—Si no se lo arrebatamos, nos dominará á todos.

WOTAN.—Quiero poseerlo.

FROH.—Fácil es ahora, pues no hay que renunciar al amor.

LOGE.—Ni se requiere artificio alguno; es un juego de niño.

WOTAN.—Díme qué debo hacer.

LOGE.—¡Robarlo simplemente! no harás más que quitarle á un ladrón lo que él robó: ¿hay algún medio más sencillo para obtener lo ajeno? Pero Alberto se defenderá cuánto pueda y por tanto deberás acercarte á él cauteloso y astuto y reprenderle por haber despojado de su tesoro á las ninfas. Luego se lo devuelves, que es precisamente lo que te piden.

WOTAN.—¿A las ninfas del Rhin? ¿por qué sales ahora con este consejo?

FRICKA.—Nada quiero con ellas; á muchos hombres han seducido, por desgracia mía.

(Wotan, de pie, indeciso y absorto, parece sostener un combate consigo mismo; los demás dioses le contemplan esperando ansiosos su resolución.—Fafner y Fasolt discuten aparte).

FAFNER.—Créeme; más vale el oro que Freia; el que llega á poseerlo alcanza eterna juventud. (Se vuelve á acercarse á los demás.) Oye, Wotan: quédese Freia con vosotros y danos en cambio el oro del nibelungo.

WOTAN.—¿Estáis en vuestro juicio? ¿cómo queréis, desvergonzados, que os dé lo que no tengo?

FAFNER.—Mucho trabajo nos costó levantar aquel castillo; á ti en cambio te será muy fácil con tu astucia coger al nibelungo.

WOTAN.—¿Y he de tomarme por vosotros tal molestia? A vosotros la gratitud os hace orgullosos y descarados.

FASOLT (coge de pronto á Freia y la lleva á un lado con Fafner).—Aquí con nosotros; servirás de rehenes.

(Exclamaciones de Freia; consternación en los dioses).

FAFNER.—La llevaremos lejos de aquí; hasta la caída de la tarde será considerada como prenda;

volveremos luego; si no encontramos preparado el oro...

FASOLT.—Entonces habrá acabado la tregua y Freia será para siempre nuestra.

FREIA. — ¡Hermana! ¡Hermanos! ¡Salvadme! ¡Ayudadme!

(Los gigantes se la llevan precipitadamente, y suenan á lo lejos desgarradores gritos).

FROH.—¡Corramos tras ellos!

DONNER.—Arriesguémoslo todo.

(Mira á Wotan como interrogándole).

LOGE (siguiendo con la mirada á los gigantes). —Ya trepan por rocas y colinas; ya atraviesan la corriente del Rhin; ¡triste cuelga Freia de los hombros de aquellos crueles! ¡Cómo corren con vacilante y torpe paso por la llanura! No pararán hasta llegar á la ciudad. (Volviendo á los dioses.) ¿Qué está pensando Wotan enfurecido? ¿Qué hacen los dioses? (Invade la escena pálida neblina que va espesándose. Palidecen y envejecen por momentos los dioses; todos miran con ansia á Wotan que permanece meditabundo, fija la vista en el suelo.) ¿Me engaña la neblina? ¿Soy víctima de algún sueño? ¡Cuán deprisa os marchitáis y palidecéis! ¡Se extingue el fulgor de vuestras miradas! ¡Animo! Aun es tiempo, Froh. ¡Oh, Donner, tu mano se rinde al peso del mazo! ¿qué es de Fricka? ¿nada le importa la palidez de Wotan, que le envejece?

FRICKA.—¡Oh desdicha! ¿qué ha sucedido?

DONNER.—Desmayan mis fuerzas.

FROH.—Se me oprime el corazón.

LOGE.—Ya acerté con la causa; oíd. Hoy no habéis comido de la dorada fruta de Freia, que os conserva fuertes y jóvenes; la que cuida de ella está ahora en rehenes; de las ramas del árbol cuelgan marchitas las manzanas y presto se podrirán y caerán; á mí poco me importa, pues no soy de tan celeste origen como vosotros y Freia

se mostró siempre avara conmigo; mas vosotros lo sacrificasteis todo á la conservación de esa fruta que os rejuvenecía; no lo ignoraban los gigantes y han atentado á vuestra vida. Oíd el modo de defenderos de ellos. Sin las manzanas, la raza de los dioses envejecerá y morirá achacosa, ludibrio del mundo.

FRICKA.—Wotan, esposo mío desdichado: ¡mira cuánta desgracia trajo tu mala ventura!

WOTAN (irguiéndose como impulsado por firme resolución).—Ea, Loge, vente conmigo. ¡Vamos á la sierra del nibelungo!

LOGE.—Las ninfas del Rhin te pidieron auxilio: ¿podrán esperarlo de ti?

WOTAN (arreatado).—Cállate, charlatán. A Freia la buena, á Freia la hermosa, hemos de rescatar.

LOGE.—Te seguiré con gusto donde deseas. ¿Quieres que pasemos el Rhin? ¿quieres que vayamos directamente en busca de Alberto?

WOTAN.—Por el Rhin no.

LOGE.—Pues descenderemos por los abismos; vente conmigo.

(Precediendo á Wotan desaparece por una grieta de la cual se desprenden vapores sulfurcosos).

WOTAN.—Vosotros aguardadme aquí, hasta el ocaso. Voy á buscar el oro con que rescatar la juventud perdida.

(Sigue á Loge, hundiéndose tras él en la grieta. El vapor de azufre que sale de ella se esparce por el escenario y lo llena de espesísimas nubes hasta hacer invisibles á los demás personajes).

DONNER.—Buen viaje, Wotan.

FROH.—Séate propicia la suerte.

FRICKA.—Vuelve pronto; tu mujer te espera llena de angustia.

(El vapor de azufre se ennegrece cada vez más y se convierte al fin en áridas rocas subterráneas, de manera que parece que poco á poco se hunde el escenario en la tierra).

ESCENA III

(Una luz rojiza va iluminando lentamente el proscenio que representa un abismo subterráneo cruzado en todas direcciones por estrechos desfiladeros. Alberto, trayendo á Mime cogido de una oreja y chillando).

ALBERTO.—¡Ven acá, enano ruín! Voy á atormentarte sin compasión, como no acabes pronto la joya preciosa que te he encargado.

MIME (aullando).—¡Suéltame! ¡ya está! Con mucho trabajo pude terminarla.

ALBERTO (soltándole).—Pues entonces, ¿en qué piensas? ¿por qué no me la enseñas desde luego?

MIME.—Dudaba de si aun faltaría algo.

ALBERTO.—¿Qué dices? ¿pues no está concluída?

MIME (confuso).—Algo falta.

ALBERTO.—Tráeme en seguida lo que hayas hecho. (Intenta cogerle otra vez de la oreja y Mime asustado deja caer al suelo su trabajo que tenía fuertemente asido. Alberto lo levanta al instante y lo examina con detención.) Muy bien está y tal como te había mandado. Es decir, picarón, que querías engañarme y quedarte la joya que mi destreza te enseñó á forjar? (Se cubre la cabeza con el casco.) El casco me va bien; veamos ahora si ejerce también el encanto. ¡Noche y tinieblas! quiero ser invisible. (Desaparece. En su lugar se alza una columna de humo.) ¿Me ves, hermano?

MIME (mirando admirado á su alrededor).—¿Dónde estás? No te veo.

ALBERTO (invisible).—Pues entonces, siénteme. ¡Miserable holgazán! Toma eso por tus ganas de robar. (Mime grita y se retuerce bajo el dolor de los azotes que recibe; suena el golpe de los azotes pero no se ve la disciplina. Alberto, invisible, se ríe.) Gracias, estúpido. Veo que tu trabajo es bueno. ¡Oh, nibelungos, inclináos ante Alberto! ¡Por todas partes estará vigilándoos! ¡Despedíos

para siempre de la tranquilidad y el reposo! ¡Aunque no le veáis, estaréis siempre bajo su dominio! Escuchadle: ¡ahora se acerca el señor de los nibelungos!

(La columna de humo va desapareciendo hacia el fondo: se oye la voz de Alberto cada vez más lejana, que regaña y grita. Salen fuertes aullidos de las cuevas subterráneas. Mime cae rendido por el dolor; Wotan y Loge, que bajan por una hendidura, oyen sus hondos suspiros).

LOGE.—Aquí está Nibelheim. ¡Cómo centellean allí bajo aquellas chispas de fuego!

WOTAN.—Oigo tristes gemidos. ¿Quién yace aquí entre las piedras?

LOGE.—¿Qué estás lamentando aquí tendido?

MIME.—¡Oh! ¡Oh! ¡Ay! ¡Ay!

LOGE.—¡Mime! Enano alegre, ¿qué te pasa? ¿qué te aflige?

MIME.—¡Déjame en paz!

LOGE.—No sólo te dejaré en paz, sino que voy á ayudarte.

MIME (levantándose un poco).—¿Quién ha de poderme ayudar? Tengo que obedecer á mi propio hermano que me ha encadenado.

LOGE.—¿A qué debe el poder de encadenarte, Mime?

MIME.—Con maligna astucia conquistó Alberto el oro del Rhin y de él se forjó un anillo cuyo sorprendente influjo admiramos temblando todos; con él domina el ejército nocturno de los nibelungos. En otros tiempos, forjábamos sin cuidado y descansados, riéndonos en medio de tan insignificante fatiga, adornos y joyas para nuestras mujeres. Ahora este perverso nos obliga á deslizarnos por entre las peñas y á trabajar tan sólo para acumular inmensos tesoros. Por medio del mágico anillo acierta su codicia el sitio en donde se halla escondido, entre las rocas, el oro brillante. Entre las

peñas tenemos que trabajar; extraerlo, fundirlo y forjar con él las joyas, y acumular tesoros para este señor.

LOGE.—¿De modo que en este momento acaba de castigarte por holgazán?

MIME.—A mí, infeliz, me atropelló más que á nadie. Primero me mandó forjar un casco; me dió los más exactos detalles para su construcción, y conociendo yo en seguida las mágicas propiedades de mi propio trabajo, quise quedarme con él para librarme de la tiranía de Alberto y robarle luego el anillo; así, en lugar de ser él mi señor y yo su esclavo, había de verme libre y á él obediéndome.

LOGE.—Y á ti, tan listo, ¿cómo no te fué posible conseguirlo?

MIME.—¡Ah! Porque yo que hice el yelmo, no conocía bien su mágico encanto. Quien me enseñó á forjarlo y me lo arrancó de las manos, sólo me mostró después, harto tarde por desgracia, cuán grande hechizo encerraba; desapareció á mis ojos y me azotó con su brazo invisible. ¡Esas son las gracias que yo me gané, simple de mí!

(Se pasa, gimiendo, la mano por la espalda. Los dioses ríen).

LOGE (á Wotan).—Ya ves que no será fácil cogerlo.

WOTAN.—Tu astucia nos ayudará á vencer al enemigo.

MIME (sorprendido de la risa de los dioses, los mira con atención).—¿Quién sois, extranjeros? ¿qué preguntáis de ese modo?

LOGE.—Amigos tuyos; queremos salvar de su desgracia al pueblo de los nibelungos.

(Suenan otra vez los gritos de Alberto).

MIME.—¡Mucho cuidado! Alberto se acerca.

WOTAN.—Aquí le esperamos.

(Se sienta tranquilamente sobre una piedra; Loge está apoyado á su lado. Alberto, que se ha quitado el casco y

lo ha colgado del cinturón, hace salir á fuerza de azotes, de una cueva, á un regimiento de nibelungos: van cargados de multitud de alhajas de oro y plata que depositan formando un gran montón, mientras Alberto sigue riéndolos).

ALBERTO.—¡Aquí, allá! ¡holgazanes! Amontonadlo todo allí. ¡Tú adelante! ¡abajo las joyas! ¡á ver si tendré que ayudaros! ¡todo aquí! (De pronto repara en Wotan y Loge.) ¡Eh! ¿quién va allá? Aquí conmigo, Mime, tunante ruín. ¿Por ventura charlaste con este par de vagabundos? ¡Vete, holgazán, á forjar y trabajar! (Azotándole le obliga á reunirse con los demás nibelungos.) ¡Ea! ¡á trabajar todos! ¡Fuera todos de aquí! ¡Sacadme el oro de las nuevas grutas! ¡Si no os dais prisá os haré sentir las caricias del látigo! Mime, tú te encargas de que todos trabajen sin cesar si no quieres probar la fuerza de mi brazo: ya sabes bien que estoy en todas partes aunque no me veáis. ¿Dudáis todavía? (Se quita el anillo del dedo, lo besa y lo enseña.) Tiembla y desespera, pueblo de esclavos. ¡Obedeced al instante al dueño de este anillo!

(Gritando y aullando desaparecen los nibelungos y Mime entre ellos).

ALBERTO (mirando furioso á Wotan y Loge).—¿Qué buscáis aquí?

WOTAN.—Han llegado á nosotros extrañas noticias del obscuro país de los nibelungos: nos dijeron que Alberto hacía por aquí grandes maravillas y á admirarlas nos trajo la curiosidad.

ALBERTO.—¡La envidia os trae á Nibelheim! sé muy bien lo que son huéspedes tan atrevidos.

LOGE.—¿Con que tan bien me conoces? ¡necio! Pues dí: ¿no sabes con quién hablas que ladras de este modo? Cuando estabas tendido temblando de frío en tan obscura madriguera, ¿quién te hubiera dado luz y vivificante llama, si Loge no te hubiese sonreído? ¿De qué te serviría el for-

jar si no te hubiese calentado la fragua? Yo soy tu primo y fuí tu amigo: me place ahora tu gratitud.

ALBERTO.—Qué buena cara pone ahora Loge á los hijos de la luz, ¡pícaro astuto! si eres su amigo como lo fuíste mío, habla; entonces nada temo de ellos.

LOGE.—Creo que puedes fiarte de mí.

ALBERTO.—¡Sólo creo en tu infidelidad! Pero á todos vosotros os haré frente, sin miedo.

LOGE.—¡Mucho valor te dió tu anillo: grande es tu poder!

ALBERTO.—¿Ves el montón que me ha acumulado mi ejército?

LOGE.—¡Nunca vi nada más envidiable!

ALBERTO.—Hoy no es más que un montoncito insignificante, pero llegará á ser formidable y nunca visto.

WOTAN.—¿De qué te sirven tales tesoros en este triste país de tinieblas?

ALBERTO.—La eterna noche de Nibelheim me ayuda á acumular mis tesoros; ¡con todo aquel montón que ves en aquella cueva, me propongo hacer la maravilla de conquistar el mundo entero!

WOTAN.—¿Cómo piensas gobernarte para conseguirlo?

ALBERTO.—A vosotros, los que habitáis allí arriba donde sopla la brisa suave, entregados á las dulzuras del amor y de la alegría, á todos vosotros dioses, os cogeré con mi puño de oro. Así como renuncié al amor, vosotros tenéis que renunciar á todo sér viviente; el oro ha de ser nuestro único deseo. En las deleitosas regiones celestes os divertís y despreciáis al obscuro enano. ¡Pero poneos sobre aviso! Cuando vosotros los hombres estéis bajo mi poder, vuestras hermosas mujeres, que desprecian mis galanterías, servirán al placer del enano ya que no le sonrío el amor, ¿lo entendéis? ¡Cuidado, cuidado con el ejército

nocturno cuando salga de las profundidades de Nibelheim á la claridad del día!

WOTAN (enfurecido).—¡Muere, vil criminal!

ALBERTO.—¿Qué dice ese?

LOGE (interponiéndose).—¡Detente! (á Alberto.) ¿A quién no admira la obra de Alberto? Si llegas á alcanzar lo que te propones con este montón de alhajas, no puedo menos de proclamarte el más poderoso de todos; la luna y las estrellas y el mismo sol, ellos, como todos, tendrán que servirte y humillarse ante ti como vasallos. Pero más importante que todo esto me parece que se incline sin envidia ante ti el ejército de los nibelungos. No tienes más que tocar una sortija para que temblando caiga tu pueblo á tus plantas. Pero, ¿si mientras duermes fuese un ladrón á robarte el anillo, cómo lo evitarías?

ALBERTO.—Siempre se figura Loge ser un sabio y tiene á los demás por tontos: ¡al ladrón le gustaría que necesitase de sus consejos y servicios quedándole luego obligado! Yo mismo inventé este casco maravilloso; el herrero más hábil, Mime, fué quien lo construyó: este yelmo me ayuda á transformarme cuando quiera en lo que quiera; nadie me ve cuando me busca; pero estoy en todas partes. Así, pues, estoy sin cuidado y seguro de ti, querido y cuidadoso amigo.

LOGE.—Muchas rarezas he visto, pero nunca tal maravilla. No puedo creerlo; si esto fuera posible, tu poder sería infinito.

ALBERTO.—¿Crees que miento y que soy tan fanfarrón como Loge?

LOGE.—Hasta que lo haya visto no creo, enano, en tus palabras.

ALBERTO.—Ahora reventará, de prudencia, este pobre infeliz. ¡Ya que no me crees atórméntete la envidia! ¿bajo qué forma quieres que me presente á ti?

LOGE.—Bajo la que quieras, ¡pero déjame mucho de admiración!

ALBERTO (después de haberse puesto el casco).— ¡Serpiente gigantesca, enróscate sobre ti misma! (Al momento desaparece Alberto: una serpiente gigantesca se remueve por el suelo en su lugar; se yergue y dirige su enorme boca abierta hacia Wotan y Loge).

LOGE (fingiendo asustarse).— ¡Oh! ¡oh! ¡serpiente tremenda! ¡no me tragues! ¡deja á Loge su vida!

WOTAN (riendo).— ¡Bien, Alberto, bien! ¡Qué pronto se ha convertido el enano en gigantesco reptil!

(La culebra desaparece y en su lugar aparece Alberto).

ALBERTO.—Con que, ¿me creéis ahora, sabios?

LOGE.—Ya lo ves; estoy temblando; te convertiste en un momento en serpiente; como lo vi, lo creo. ¿Pero así como creces, puedes hacerte pequeño é insignificante? Este sería el mejor modo de escapar pronto de un peligro. Pero... me parece demasiado difícil.

ALBERTO.— ¡Demasiado difícil para ti, porque eres un tonto! ¿A qué tamaño me quieres?

LOGE.—Tan pequeño que quepas en la más estrecha rendija en donde se esconde el sapo medroso.

ALBERTO.— ¡Psh! nada más fácil, ¡mira! «¡arrástrate por el suelo, sapo!»

(Desaparece. Los dioses ven acercarse á ellos un sapo).

LOGE (á Wotan). — ¿Ves aquel sapo? ¡cógelo pronto!

(Wotan pone el pie sobre el sapo: Loge le coge la cabeza teniendo el casco en la otra mano).

ALBERTO (toma repentinamente su forma natural y se retuerce debajo del pie de Wotan).— ¡Oh! ¡maldición! ¡me ha descubierto!

LOGE.—Cógele fuerte hasta que le ate. (Saca una cuerda y le ata con ella brazos y piernas. En-

tre Wotan y Loge arrastran al prisionero hacia la hendidura por donde han bajado.) ¡Arriba! ¡Aprisa! Es nuestro.

(Desaparecen subiendo).

ESCENA IV

Decoración de la escena segunda; finalmente aparece también el espacio libre sobre las alturas de las montañas, sólo que ahora está como estaba después del robo de Freia, es decir, cubierto de pálida neblina. Wotan y Loge, trayendo á Alberto atado salen de la grieta por donde descendieron.

LOGE.— ¡Aquí, amigo! ¡ya no te escapas! mira, querido, allí está el mundo que tú, despreciable criatura, querías dominar; dime ¿en qué rincón piensas ponerme una cuadra donde poder vivir?

ALBERTO.— ¡Miserable usurero! ¡pícaro! ¡ladrón! desátame, afloja los nudos de las cuerdas con que me has atado de manos y pies; si no, te arrepentirás de tu atrevimiento.

WOTAN.—Eres prisionero y estás atado tal como tú ya veías al mundo y á cuanto en él se mueve y tiene vida. Estás encadenado á mis pies y lleno de miedo, no puedes negarlo; para salvarte sólo necesitas pagar un rescate.

ALBERTO.— ¡Tonto de mí! ¿por qué dejé engañarme por estos embusteros? pero me vengaré y será atroz mi venganza.

LOGE.—Lo primero que tienes que hacer para poderte vengar es conseguir libertad; á hombre sujeto nadie paga la ofensa; ¡si piensas en vengarte, piensa antes en tu libertad!

ALBERTO (bruscamente).— ¡Pues decid qué queréis!

WOTAN.—Tus tesoros.

ALBERTO. — ¡Codicioso! (aparte). Mientras me quede con el anillo, puedo darles todo el oro, pues con él vuelvo á adquirirlo. Esto será tan sólo una

lección que ha de enseñarme á ser otra vez más prudente; no la pago muy cara dándoles aquel montoncito.

WOTAN.—¿Nos entregas el oro?

ALBERTO.—Soltadme una mano y mandaré que lo traigan. (Loge le desata la mano derecha. Alberto se coloca el anillo en los labios y murmura el mandato.) Bueno, mandé á los nibelungos que me trajesen el tesoro y oigo que, obedientes á su señor, suben á la luz del día. Ahora deshacedme estas malditas ligaduras.

WOTAN.—Antes tienes que haber pagado todo tu rescate.

(Los nibelungos salen de la grieta cargados con los tesoros).

ALBERTO.—¿Qué ignominiosa vergüenza el que esos tímidos criados me vean atado! ¡Conducidlo todo allí, como yo os lo mando! ¡Amontonad las riquezas! ¿tendré que ayudaros? holgazanes, aprisa, aprisa: y ahora idos; ¡pobres de vosotros si no os encuentro trabajando! Os voy á seguir luego paso á paso.

(Después de haberlo amontonado todo, se deslizan espantados por la grieta).

ALBERTO.—¡Ahora ya he pagado; soltadme! y volvedme aquel yelmo que tiene Loge en la mano.

LOGE (arrojando el casco en el montón). — Al vencedor corresponde el botín.

ALBERTO.—¡Maldito ladrón! ¡Paciencia! el que me hizo éste me forjará otro: aun conservo el poder que hace obedecer á Mime. Malo es, en verdad, dejar en poder del enemigo astuto defensa tan poderosa! ¡Soltadme! ya os lo dí todo.

LOGE (á Wotan).—¿Estás satisfecho, le suelto?

WOTAN.—En tu dedo reluce un anillo; también pertenece al rescate.

ALBERTO (sobresaltado).—¿El anillo?

WOTAN.—Tienes que entregarlo por tu rescate.

ALBERTO.—¡Quitadme si queréis la vida, pero no la sortija!

WOTAN.—¡Quiero el anillo! ¡De tu vida haz lo que quieras!

ALBERTO.—Si rescato mi cuerpo y mi vida, con ellos tiene que ir el anillo; ¡no me pertenece menos de lo que pertenece á mi cuerpo la cabeza!

WOTAN.—¿Al anillo llamas tú propiedad? ¿deliras por ventura? Dí la verdad: ¿á quién has robado el oro con el cual forjaste tu poderoso anillo? ¿Era acaso tuyo lo que arrancaste de la profundidad de las aguas? Pregúntales á las hijas del Rhin si te regalaron el oro que para forjar el anillo les robaste.

ALBERTO.—¡Desvergonzado! ¡Pérfido! ¡Me echas en cara, miserable, lo que de tan buena gana hubiese hecho tu sórdida codicia! ¡Qué satisfacción la tuya si hubieses podido robar al Rhin su oro! ¿Crees que es tan fácil alcanzar el poder de forjar el anillo? Que suerte has tenido, hipócrita, de que el nibelungo accediendo á ignominiosas condiciones, ganase con el anillo, que ahora te sonrío, su mágico poder. ¿Esta acción maldita é ignominiosa sirve para divertirte? ¡Guay de ti, dios ambicioso! Si yo cometo un crimen, no falto más que á mí mismo; pero si robas tú el anillo, tú, por ser eterno, faltas á todo lo que existió, existe y ha existido.

WOTAN.—¡Dame el anillo! por más que hables no me probarás que tengas ningún derecho sobre él.

(Le arranca á Alberto, de viva fuerza, el anillo del dedo).

ALBERTO (lanzando un grito terrible).—¡Maldición! ¡arruinado! ¡Seré el esclavo más vil de todos los esclavos!

WOTAN (se ha puesto el anillo en el dedo y lo contempla con satisfacción).—Al fin tengo lo que dará poder, lo que me hará el hombre más poderoso de la tierra.

LOGE.—¿Puedo soltarle?

WOTAN.—¡Suéltale!

LOGE (desatando á Alberto).—Libre estás ya, vete.

ALBERTO (se levanta del suelo, riendo con rabia).—¿Con que estoy libre? ¿libre de veras? ¡Pues entonces llevaos el primer saludo á mi libertad! ¡Así como por maldición obtuve este anillo, maldito sea ahora! ¡A mí me dió su oro riquezas y poder sin límites; pues ahora dé su magia, á quien lo lleve, la muerte! Nunca acompañe la alegría al poseedor; á nadie sonría su brillo; véase rodeado su dueño de pena é inquietud y atormente la envidia á quien no lo sea. ¡Que su dueño lo posea en paz, pero que le atraiga al verdugo! ¡Sea el miedo el constante tormento del condenado á muerte, y la vida, eterna agonía para el esclavo del anillo, hasta que vuelva á pasar lo robado á mis manos! ¡Así, bendice en el momento supremo á su tesoro el nibelungo! ¡Quédate con el anillo y guarda, que de mi maldición no te escaparás!

(Desaparece).

LOGE.—¿Has oído su amoroso saludo?

WOTAN (extasiado contemplando el anillo).—¡Déjale este placer!

(Poco á poco va aclarándose la neblina).

LOGE (mirando á la derecha).—Fasolt y Fafner se acercan trayendo á Freia.

(Por el otro lado llegan Fricka, Donner y Froh).

FROH.—¡Volvieron!

DONNER.—Bienvenido, hermano.

(Lleno de angustia se acerca á Wotan).

FRICKA.—¿Me anuncias algo bueno?

LOGE (señalando el montón).—Con fuerza y astucia logramos nuestro deseo; allí está lo que ha de rescatar á Freia.

DONNER.—Por allí viene, de la prisión de los gigantes.

FROH.—¡Cómo vuelve á embalsamar el aire

fresca brisa! ¡Qué desgracia sería, estar para siempre separados de ella, que nos da juventud inmarcesible y con ella sus alegrías!

(La parte de delante del escenario vuelve á iluminarse y recobran los dioses su perdida juventud: el fondo está aún cubierto de nubes que impiden distinguir el castillo. Aparecen Fasolt y Fafner conduciendo á Freia entre los dos).

FRICKA (abalanzándose hacia Freia para abrazarla).—¡Hermana querida, mi dulce alegría! ¿volverás á ser mía?

FASOLT (impidiéndoselo).—¡Alto! no tocarla; aún es nuestra. Venimos de los montes de Riesenheim; hemos guardado fielmente la prenda que ha de asegurarnos la fidelidad del contrato, y la devolvemos, si nos entregáis lo que hemos exigido.

WOTAN.—Pronto está el rescate. Medid la cantidad que exigís.

FASOLT.—El no ver más á esta hermosa mujer me causa mucho pesar; pero puesto que así ha de ser, echad tal cantidad de oro que no pueda verla y así podré olvidarla mejor.

WOTAN.—Pues así poned la medida según el tamaño de Freia.

(Fafner y Fasolt hincan la clava en el suelo, delante de Freia, marcando así su altura y anchura).

FAFNER.—Plantadas están las estacas según la medida de la prenda; ahora amontonad entre ellas el oro.

WOTAN.—Amontonadlo pronto. El verlo me repugna.

LOGE.—¡Ayúdame, Froh!

FROH.—Voy á ayudarte á terminar la afrenta de Freia.

(Loge y Froh amontonan precipitadamente las alhajas entre las estacas).

FAFNER.—No lo pongáis tan suelto; llenad y apretad bien la medida. (Con fuerza brutal estruja el contenido; se agacha para ver si descubre al-

guna abertura.) Aquí; ¡aun veo al través, llenadme este vacío!

LOGE.—¡Atrás, grosero, no toques nada!

FAFNER.—¡Aquí, tapad bien esta rendija!

WOTAN (apartándose descorazonado).—Siento en el pecho arder esta afrenta.

(Tiene la mirada clavada en Freia).

FRICKA.—Mira cuán avergonzada pide rescate la pobre. ¡Ay! ¡hombre perverso, ve lo que hiciste!

FAFNER.—¡Aun más aquí!

DONNER.—¡No sé cómo contener el furor que me causa este miserable gusano! ¡Ven acá, perro maldito! ¡ya que quieres medir, ven y mídete conmigo!

FAFNER.—¡Calma, Donner! ¡de nada sirve tu cólera!

DONNER.—¿Crees, miserable, que no me sirve ni para aplastarte?

(Levanta el brazo).

WOTAN.—¡Haya paz! paréceme que ya está cubierta Freia.

LOGE.—Agotado está el tesoro.

FAFNER (midiendo con la mirada).—Aun veo ondear el cabello de la hermosa Freia; ¡arrojad al montón aquel casco!

LOGE.—¿Cómo, también el yelmo?

FAFNER.—¡Traedlo pronto!

WOTAN.—¡Dáselo!

LOGE (arrojando el casco al montón).—¡Ya no nos queda nada! ¿estáis contentos?

FASOLT.—¡Ya no veo á Freia la hermosa! ¿está rescatada? ¿tendré que abandonarla para siempre? (Se acerca y mira al través del montón.) ¡Oh dolor! aun brilla su refulgente mirada, aun me alumbraba esta divina estrella: ¡la veo á través de una rendija! ¡mientras contemple esos ojos divinos no me separo de esta mujer!

FAFNER.—¡Eh! ¡os aconsejo que tapéis esta abertura!

LOGE.—¡No ves, insaciable, que ya os hemos dado todo el oro!

FAFNER.—¡Te equivocas, amigo! en el dedo de Wotan brilla una sortija; ¡dámela para que con ella cubra aquel hueco!

WOTAN.—¡Cómo! ¿este anillo?

LOGE.—Recordad que aquel oro no es suyo, que pertenece á las hijas del Rhin á quienes se lo devolverá.

WOTAN.—¿Qué estás charlando? lo que me gané con tanto trabajo lo guardaré para mí!

LOGE.—Comprometida está la palabra que dí á las que gemían, pidiéndome el oro que se les robó.

WOTAN.—A mí no me obliga lo que tú prometiste. Me quedo, como botín, el anillo.

FASOLT (enfurecido, saca á Freia de detrás del montón).—Pues á lo dicho; ¡Freia será para siempre nuestra!

FREIA.—¡Socorro! ¡ayuda!

FRICKA.—¡Dios implacable! ¡dales lo que te piden!

FROH.—¡No ahorres el oro, dáselo!

DONNER.—¡Entrégales el anillo!

WOTAN.—¡Dejadme en paz! ¡No suelto el anillo!

(Fafner retiene á Fasolt, que estaba á punto de marcharse; todos permanecen aturcidos; Wotan encolerizado se aparta de ellos. El escenario ha vuelto á obscurecerse; de de la gruta del lado sale un resplandor azul: en él, Wotan percibe á Erda, que sale hasta medio cuerpo de la profundidad; es de hermosa y noble figura y su cabellera negra le rodea el cuerpo).

ERDA (extendiendo á Wotan la mano, con ademán de advertencia).—¡Accede, Wotan, accede! ¡Aléjate y huye de la maldición que encierra el anillo! si lo conservas te será imposible librarte de las desgracias que acarrea.

WOTAN.—¿Quién eres tú, que tal aviso me das?

ERDA.—Sé todo lo del mundo infinito; lo que